

guimos ahuyentarla, quedaréis curado radicalmente.

Yo vacilaba en abandonar mi espejo: el doctor le tomó, sopló la luna, limpióla después, y me le presentó para que mirara.

—¿Veis alguna cosa?—preguntóme.

—Sólo veo mis facciones—contesté.

—Está bien—repuso el doctor;—ahora, repetid la prueba, haciendo como yo.

Un grito se escapó de mis labios, y me puse muy pálido.

—¡Es ella, es ella!—exclamé.

El doctor volvió á tomar el espejo.

—En cuanto á mí—dijo—no veo nada, absolutamente nada; pero confieso que en el momento de mirar he experimentado como un estremecimiento á pesar mío. Tened en mí completa confianza; si hay un encanto es preciso romperle; hacedme el favor de repetir la prueba.

Soplé otra vez el espejo, mientras que el doctor aplicaba una mano sobre mi espina dorsal. La figura reapareció, y noté que el doctor palidecía al observar el efecto que aquel fenómeno acababa de producir en mis órganos. Después cogió el espejo, encerróle en una caja, me despidió, repitiendo las instrucciones que antes me diera, y díjome que un poco más tarde veríamos qué convenía hacer.

Desde aquel día me entregué á una infinidad de distracciones y á una vida ruidosa, la más propia para dominar mi espíritu á fuerza de cansancio físico. Pocos días después, hallándome en una reunión de las más alegres, el asunto de la conversación giró sobre las ciencias ocultas y los fenómenos magnéticos, y con este motivo refiriéronse las más sorprendentes anécdotas. Se hizo mención de todas las particularidades observadas en los sueños, las alucinaciones y los éxtasis, y se preguntó muy seriamente si no sería posible

que una voluntad que existiese fuera de nuestra vida ejerciera, en ciertas condiciones, una verdadera influencia en nuestras facultades sin el auxilio de ningún contacto material.

—Si admitiéramos semejante hipótesis—dijo uno de los que hablaban—esto nos conduciría á reconocer como verdades las brujerías y los hechizos de la Edad media, y todas las supersticiones de que hace largo tiempo dió buena cuenta una filosofía ilustrada por los progresos de las ciencias.

—Pero—replicó á su vez un joven médico—¿podrán la sabiduría y la filosofía ilustrada negar la existencia de los hechos comprobados? ¿No tiene la naturaleza misterios que á nuestros débiles órganos está prohibido sondear y comprender? Así como un ciego reconoce por el rozamiento de las hojas, por el murmullo de un manantial, la inmediación de un bosque ó de un arroyo, ¿no podemos nosotros presentir algunas cosas de la existencia por la comunicación invisible de ciertos espíritus con el nuestro?

Al oír estas palabras tomé parte en la discusión.

—¿Admitis, pues—pregunté al joven médico—la existencia de un principio inmaterial, dotado de una fuerza que en ciertas condiciones no podría nuestra voluntad rechazar?

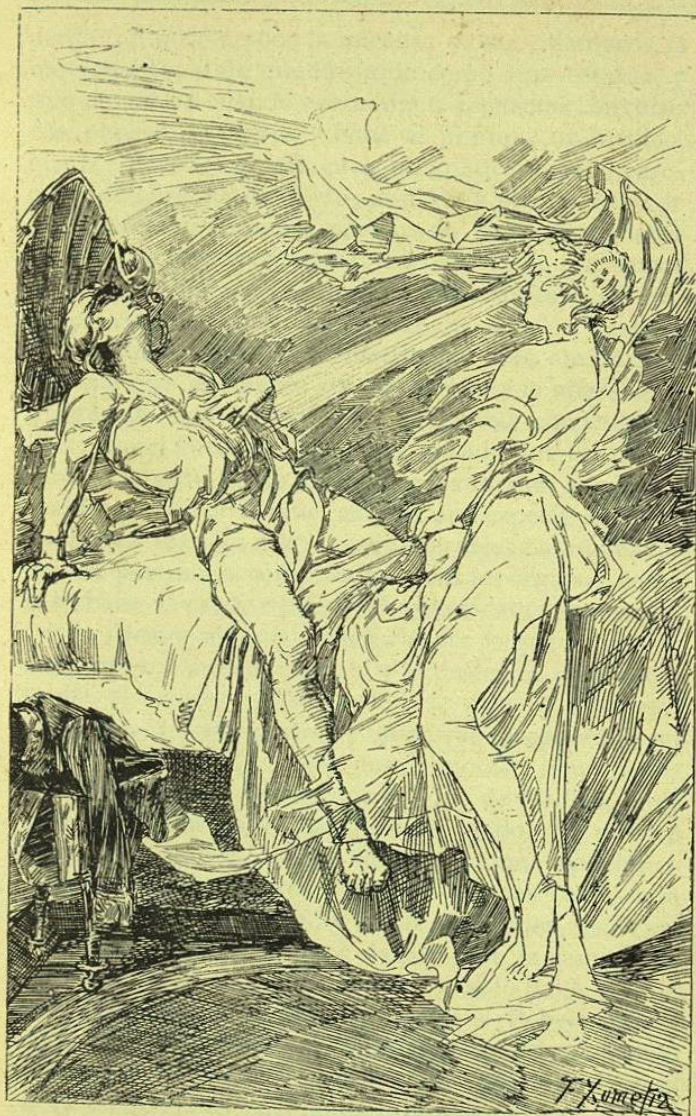
—Sí—contestó;—es un hecho probado por las observaciones de hombres muy formales, que profundizaron el estudio del magnetismo.

—En tal caso—repliqué—también es necesario reconocer como posible la existencia de seres maléficos ó demonios, dotados de una naturaleza superior á la nuestra.

—Eso sería ir demasiado lejos—repuso el médico sonriendo;—yo no creo en los poseídos; sólo pienso que en algunos seres pueden existir ciertos principios inateriales capaces de ejercer en otros una acción

irresistible, pero no fundo esta idea sino en simples observaciones, y creo que los órganos débilmente constituidos, ó gastados por algún exceso de la vida, son los únicos expuestos á sufrir esa especie de fenómeno.

—Caballero—dijo entonces un hombre de edad madura, que aún no había hablado—si hay, según creéis al parecer, fuerzas ocultas y enemigas de nuestra naturaleza, concluyo, á juzgar por vuestras explicaciones, que esas fuerzas no existen sino por la debilidad de nuestro espíritu; y si las facultades gastadas por un exceso ó un padecimiento, ó los órganos imperfectos, son los únicos que pueden hallarse sometidos á ese fenómeno fisiológico, deduzco que éste no es otra cosa sino una condición enfermiza de nuestro espíritu, y de consiguiente no existen fuera de nosotros fuerzas dotadas de una acción verdadera, intermediaria entre Dios y el hombre. Y ahora expondré mi opinión particular, relativa á las enfermedades mentales que nos someten á pasajeras alucinaciones. Pienso que, á causa de la perturbación que ejerce en las más delicadas fibras de nuestro organismo, la pasión, ó más bien el mal de amor, es la única afección de nuestra alma que pueda producir desórdenes en la vida real, ofreciendo el ejemplo de una fuerza ejercida irresistiblemente por un individuo en otro. Sobre esto hice yo en mi propia casa una observación, cuyos detalles constituyen todo un drama. Cuando el ejército francés assolaba nuestras provincias á las órdenes del general Bonaparte, alojé en mi domicilio á un coronel de guardias del virrey de Nápoles; era un oficial de notable distinción, pero todo revelaba en sus facciones los estragos de un profundo pesar ó de una enfermedad reciente; y pocos días después de su llegada, sorprendíle en un paroxismo de dolor que me inspiró compasión. Los sollozos sofocaban su pecho, privándole casi del uso de la palabra; obligado á echarse para ver si se reponía, sus ojos



EL MISTERIO DE LA CASA DESIERTA

perdieron poco á poco la mirada, y sus miembros el movimiento; al fin quedó rígido como una estatua, y sólo de vez en cuando acometíanle espasmos convulsivos, pero no se movía. Llamé al punto á un médico, que le sometió á la influencia magnética, lo cual pareció producirle algún alivio; pero muy pronto hubo de renunciar á este medio, porque no podía adormecer al paciente sin experimentar á su vez como una sensación de sufrimiento que no se podía explicar. Sin embargo, cuando terminó el acceso, el oficial, á quien el doctor había inspirado confianza por sus atenciones, refirióle que en medio de sus crisis se le aparecía la imagen de una mujer, á la cual había conocido en Pisa; aquel fantasma tenía una mirada que le atravesaba el corazón como un hierro candente, y cuando cesaba este dolor ficticio, caía en una especie de letargo, al que seguían migrañas intolerables acompañadas de una postración completa de todos los órganos, como si hubiese abusado de las voluptuosidades sensuales. Por lo demás, no quiso referir nunca lo que había pasado en otro tiempo entre él y la mujer de Pisa. Cierta día, el coronel recibió orden de pasar con su regimiento á la vanguardia, y mientras preparaban su equipaje sentóse á la mesa para almorzar; mas apenas acercó á sus labios una copa de vino de Madera, cayó muerto, profiriendo un grito ahogado. El médico opinó que aquello había sido un ataque apoplético fulminante. Dos ó tres semanas después recibí una carta dirigida al coronel, y abrila sin vacilar, esperando que contuviese algunos datos sobre la familia de mi huésped: la carta era de Pisa, y sólo hallé en ella las siguientes palabras sin firma: «¡Pobre amigo! hoy, 7 J..... á medio día, Antonia ha muerto creyendo abrazar tu sombra!...» Eran precisamente el día y la hora en que el coronel había espirado. Tratad de explicar eso.

No podría expresar el espanto que me sobrecogió al reconocer la analogía entre mis sensaciones y las que experimentara el coronel: una nube pasó por mis ojos; zumbáronme los oídos, cual si resonase junto á ellos el lúgubre tañido de una campana, impidiéndome oír el fin del relato; mi imaginación se exaltó hasta el delirio, y salí corriendo de la sala para ir á la casa desierta. Desde lejos parecióme distinguir claridad detrás de las persianas cerradas; mas al acercarme, ya no vi nada. Mi alucinación iba en aumento; me precipito contra la puerta que cede á mi empuje, y penetro en el vestíbulo, donde un vapor cálido y acre me oprime la garganta... De repente oigo un grito de mujer á dos pasos de mí, y no sé cómo hállome de improviso en un salón resplandeciente de luces, decorado con gran lujo al estilo de la Edad-media, y de varias cazoletas desprendíanse nubes azuladas, que embalsamando el aire con embriagadores perfumes, elevábanse hacia la bóveda.

—¡Oh! ¡bienvenido seas, novio mío!—exclamó la voz de mujer que antes oí.

Sólo entonces fijé la atención en una mujer joven, que vestía traje de desposada, y que se acercaba á mí con los brazos abiertos; al mirarla más de cerca, noté que tenía el rostro amarillento y espantosamente crispado, al parecer por la demencia, y retrocedí con temor; pero la mujer se aproximaba siempre, y entonces creí observar que aquel semblante tan feo era tan sólo una careta de crespón, bajo la cual se dibujaban con dulce suavidad las facciones ideales del sér que yo había soñado. Sus manos tocaban ya á las mías, cuando de pronto cayó en tierra, profiriendo un gemido, y al mismo tiempo oí murmurar detrás de mí: «¡Hu, hu! ¡á la cama, amiguita mía, á la cama, ó de lo contrario probarás las correas!» Al volver la cabeza vi delante de mí al hombre del levitón de color de café que

agitaba en la mano unas correas, haciendo ademán de administrar un correctivo á la pobre mujer tendida en el suelo. Adelantéme al punto para contener su brazo; pero rechazándome con una fuerza de que no le hubiera creído capaz, limitóse á decirme: «¡Eh! ¿no veis que á no ser por mí ya os habría estrangulado esta loca? ¡Salid, salid de aquí más pronto de lo que habéis entrado!»

Al oír estas palabras sobrecogíome un vértigo y me lancé fuera de la sala, buscando á tientas una puerta para salir de aquella casa fatal; de pronto oí los gritos de la loca mezclándose con el ruido de los golpes que el viejo no le escaseaba, y quise volar en su auxilio; pero de pronto perdí pie, caí rodando por una escalera, y un momento después chocaba contra la puerta de un gabinete que se abrió por la fuerza del golpe. Era una pequeña habitación, y á juzgar por la cama deshecha y las prendas de vestir que vi en una silla, adiviné que aquel era el cuarto del criado. Apenas hube vuelto en mí, pesados pasos hicieron crujir la escalera: era el viejo, que volvía después de terminada la ejecución nocturna.

—¡Caballero!—exclamó arrodillándose á mis pies—quien quiera que seáis, os conjuro á guardar el más absoluto silencio sobre todo cuanto habéis visto aquí, pues la menor indiscreción me perdería, porque soy un pobre viejo que no sabría ya cómo ganar el pan. Acabo de castigar rudamente á la loca, y la he atado bien en su cama; de modo que todo está tranquilo ahora. Id á descansar, buen caballero, dormid en paz, y olvidad, sobre todo, cuanto habéis visto esta noche.

Al decir esto, el vejete cogió una luz, invitóme á pasar delante, hizome subir á pie la escalera que había bajado de cabeza, y condujome á la puerta de salida, la cual cerró corriendo los cerrojos. Yo corrí á encerrarme en mi habitación, mudo de asombro y pensan-

do en mi singular encuentro: necesité casi esfuerzos sobrenaturales para alejar de mi espíritu las espantosas alucinaciones producidas por el maldito espejo encantado.

Algún tiempo después encontré en una reunión al conde P^{***}, que conduciéndome à sitio más retirado, díjome sonriendo que estaba sobre la pista de los misterios de la casa desierta. Precisamente en aquel momento el criado anunció que la mesa estaba servida, y no pude escuchar la narración del conde. Ofrecí mi mano à una señorita para dirigirnos al comedor, según es costumbre en la alta sociedad, y no fué poca mi sorpresa cuando al fijar la vista en sus facciones reconocí las del sér ideal que se retrataba en mi espejo. Al manifestar yo à la dama que me parecía haberla visto en alguna parte, contestóme que no podía ser así, pues acababa de llegar à W^{***} por primera vez en su vida. Al contestar así, dirigióme una mirada tan seductora, que me electrizó. Hablamos largamente, y aunque durante la conversación me mostré algo audaz en mis expresiones, esto no pareció desagradar à la dama, que por su parte me dió pruebas de distinción y talento. Llegados los postres, y al servirse el champaña, quise llenar su copa, pero habiendo chocado el cristal por inadvertencia, produjo un sonido triste y agudo. En el mismo momento observé que la frente de la linda dama se cubría de una palidez mortal, y parecióme que acababa de oír la voz de falsete de la misteriosa anciana de la casa desierta. En el transcurso de la noche busqué ocasión de reunirme con el conde P^{***}, por quien supe que la seductora joven con quien había hablado era la condesa Edwine de S^{***}, cuya tía estaba encerrada como loca en la casa desierta. Aquel día mismo, madre é hija habían visitado à la infeliz reclusa; y como el viejo criado se sintiera indispuerto de repente, las dos damas hubieron de comunicar su triste

secreto al doctor K^{***}, quien debía encargarse de la curación de la pobre demente. En aquel momento el doctor, que pasaba junto à nosotros, y à quien yo había consultado sobre los remedios para combatir mis alucinaciones, detúvose para informarse de mi salud, lo cual me proporcionó ocasión de obtener algunos detalles acerca de la historia de la mujer cautiva en la casa desierta.

Angélica, condesa de Z^{***}, dijo el doctor, hallábase à los treinta años en el apogeo de su hermosura, cuando el conde de S^{***}, bastante más joven, se enamoró de ella perdidamente y no perdonó medio para que se le admitiera en la familia; pero en un viaje que hizo al castillo de Z^{***} à fin de pedir la mano de la que le había inspirado tan ardiente pasión, vió à Gabriela, hermana de Angélica; este incidente trastornó todas sus sensaciones, cambiando súbitamente sus proyectos. Desde aquel instante, Angélica perdió à sus ojos todos los encantos de que al principio le parecía revestida; mientras que Gabriela le pareció radiante de hermosura, por lo cual pidió su mano en vez de la de Angélica. Esta última no se quejó, pues su orgullo la indujo à considerar la cuestión bajo un punto de vista muy consolador. «No es ese joven presumido quien me desprecia, solía decir; yo soy la que no le quiero.» Sin embargo, de repente dejó de presentarse en sociedad, y sólo alguna vez se la encontraba en la parte más sombría y solitaria del parque de su padre.

Cierto día, los servidores del castillo de Z^{***} persiguieron à una cuadrilla de gitanos ladrones que hacía algún tiempo asolaba el país con el pillaje y el incendio, y en una carreta condujeron bien maniatados à sus prisioneros hasta el patio del castillo. Entre aquellos bandidos, la fisonomía más notable era la de una anciana flaca y decrepita, cubierta, más bien que vestida, de unos andrajos de color de escarlata, y que, de

pie en la carreta, gritaba imperiosamente que le era preciso bajar. El conde Z^{***}, informado de aquella captura, había salido de sus habitaciones y daba orden de preparar los subterráneos para que pudieran servir de prisión á los merodeadores que la suerte ponía en sus manos, cuando de repente la condesa Angélica penetró en el patio, con el cabello descompuesto, y cayendo de rodillas, pidió con ruegos y sollozos gracia para los gitanos. Después hizo brillar un puñalito que llevaba oculto y declaró que se daría muerte en el acto si se hacía el menor daño á aquella pobre gente, cuya inocencia estaba dispuesta á demostrar.

— ¡Viva la hermosa! — gritó la anciana — no se me ocultaba que tú serías un abogado á quien se atendería.

Y como Angélica cayese sin sentido, cual si la hubiese aniquilado aquella explosión de energía, la anciana, rompiendo las ligaduras que la sujetaban, arrojóse junto á la condesa y prodigóla los más solícitos cuidados. Sacó de su bolsillo un frasco lleno de un licor en que parecía nadar un pez dorado, y apenas le aplicó sobre el seno de Angélica, la hermosa joven abrió los ojos, levantóse de un salto, como si una nueva vida circulara en sus venas, y después de abrazar estrechamente á la vieja gitana, condujola al interior del castillo. El conde Z^{***}, á quien acompañaban en aquel momento su esposa y su hija Gabriela, contemplaba aquella escena extraña con una especie de sorpresa mezclada de espanto. Los gitanos, que se habían mantenido impasibles, fueron conducidos á los subterráneos.

Al día siguiente reunióse el consejo de justicia, se hizo comparecer á los prisioneros y sometióseles á un severo interrogatorio; el conde Z^{***} declaró después, en alta voz, que los reconocía inocentes de todos los actos de vandalismo cometidos en sus tierras; dejóse-

les en libertad y se les dió pasaporte para que continuaran su viaje. En cuanto á la vieja de los andrajos de color de escarlata, había desaparecido sin que se pudiera saber en qué dirección. Cada cual hizo sus reflexiones y no pocas hipótesis sobre la conducta del conde de Z^{***}: decíase que el jefe de los gitanos había tenido una larga conferencia nocturna con el noble señor, en la cual ambos se hicieron revelaciones extraordinarias.

Sin embargo, acercábase el momento de celebrarse el matrimonio de Gabriela: la víspera del día fijado para la ceremonia, Angélica hizo cargar en un coche todo cuanto poseía y abandonó el castillo, acompañada en su fuga de una sola mujer, que, según se dijo, parecía una gitana. Para evitar un escándalo, el conde de Z^{***} explicó el incidente con un motivo plausible, anunciando que su hija, afligida por un casamiento que excitaba sus celos, había solicitado la donación de una casita situada en W..., declarando que deseaba retirarse allí para terminar sus días en el aislamiento más absoluto. Después de sus bodas, el conde S^{***} marchó con su joven esposa á D..., para residir en cierto dominio, donde, durante un año, los recién casados disfrutaron de la más completa felicidad. De repente la salud del conde se alteró, sin que se pudiese adivinar la causa; un padecimiento íntimo parecía gastar los órganos de su vida; rehusaba todos los cuidados, y su esposa no pudo conseguir que le confesase cuál era el mal oculto que minaba su existencia. Al fin, después de resistirse mucho, cedió á la voluntad de los médicos, que le prescribían un viaje de recreo, y á poco marchó á Pisa. Gabriela, que estaba en el último mes de su embarazo, no pudo seguirle en aquella excursión; y la niña que dió á luz desapareció poco tiempo después de nacer, sin que se pudiese sospechar quién sería el autor ó autora del rapto. La afflic-

ción de la madre contristaba á todos, cuando, para mayor desgracia, llegó un mensajero del conde de Z*** en que se anunciaba que el conde S***, en vez de hallarse en Pisa, acababa de morir en W..., en la casita solitaria donde Angélica se había retirado: esta última era presa de una locura espantosa, que los médicos no podían combatir.

La pobre Gabriela volvió á reunirse con su padre. Cierta noche que reflexionaba tristemente sobre la doble pérdida de su esposo y de su niña, parecióle oír sollozos, y, después de escuchar atentamente, reconoció que aquél ligero rumor provenía de una habitación inmediata á la alcoba: levántase al punto inquieta, cogió la lamparilla y abre con suavidad la puerta... ¡Qué ve! La gitana de los andrajos de color de escarlata está sentada en el suelo, con la mirada fija, y en sus brazos agítase una criatura que llora. Rara vez el instinto maternal engaña á las mujeres: la condesa Gabriela ha reconocido al punto á su niña; precipítase sobre la vieja y arráncale de los brazos el inocente sér; la gitana quiere resistir, pero aquella violencia acaba de agotar sus fuerzas, y vuelve á caer pesadamente para no levantarse más. La condesa profiere gritos de espanto; los criados y toda la gente del castillo llegan momentos después, pero sólo ven ya un cadáver en tierra. El conde de Z*** se traslada á la casita de W... para interrogar á Angélica sobre la niña perdida y encontrada: en presencia de su padre, la pobre loca parece recobrar un poco de lucidez; pero muy pronto el mal ejerce su funesto dominio; Angélica comienza á divagar; sus facciones se descomponen y adquieren una odiosa semejanza con las de la gitana difunta; llora y solloza, y con roncós y frenéticos acentos, insta á los presentes á dejarla sola.

El desgraciado padre hace creer al mundo que la loca está encerrada en uno de sus castillos, pero la

verdad es que Angélica no ha querido abandonar su retiro; habita sola en la casita donde el conde S*** fué á morir á su lado. El secreto de lo que ocurrió entre aquellos dos seres siguió siendo un misterio impenetrable.

El conde de Z*** ha muerto. Gabriela ha venido á W... con Edwine para arreglar asuntos de familia; y, en cuanto á la reclusa de la casa desierta, hállase á la discreción brutal del viejo guardián, que, viviendo siempre en la soledad, se ha vuelto maniático.

El doctor K*** terminó su relato diciendo que mi imprevista presencia en la casa desierta había provocado, en los sentidos embotados de Angélica, una crisis cuyo resultado podría restablecer el equilibrio de sus facultades. Por lo demás, la hermosa imagen que yo había visto reflejarse en mi espejo era la de Edwine, que, en el momento de mi curiosa contemplación, visitaba el asilo de Angélica. Poco tiempo después de estos acontecimientos, que estuvieron á punto de trastornar mi cerebro, una profunda tristeza me obligó á dejar la residencia de W...; y la extraña impresión que me dominaba no se disipó del todo hasta que la loca hubo muerto.

